

EL ESCORIAL ⁽¹⁾

Para ir al Escorial alquilamos uno de esos coches fantásticos, pintarrajeados con amores grises y otros adornos Pompadour — de que ya hemos tenido ocasión de hablar —, el cual iba tirado por cuatro mulas y llevaba un zagal bastante bien ataviado. El Escorial está situado a siete u ocho leguas de Madrid, no lejos de Guadarrama, al pie de una cadena de montañas. No puede imaginarse nada más árido y desolado que el campo que es preciso atravesar para llegar hasta allí; ni un árbol, ni una casa; grandes pendientes que se enlazan unas con otras; arroyos secos, que la presencia de varios puentes muestra como lechos de torrenteras, y aquí y acullá un grupo de montañas azules entocadas de nieve o de nubes. Este paisaje, a pesar de todo, no carece de grandiosidad: la ausencia de toda vegetación da a las líneas del terreno una severidad y una franqueza extraordinarias; a medida que uno se aleja de Madrid, las piedras que inundan el campo son más grandes y comienzan a tener pretensiones de rocas; estas piedras, de un gris azulado, que escaman el suelo, causan el efecto de arrugas en la espalda rugosa de un cocodrilo centenario, dibujan mil cortaduras extrañas en las siluetas de las colinas, que semejan los escombros de edificios gigantescos.

A mitad del camino, al final de una subida bastante áspera, se encuentra una casa aislada, la única que se tropieza en un espacio de ocho leguas, frontera a una fuente que filtra gota a gota un agua pura y helada; se beben sendos vasos de agua hasta agotar la fuente, se deja descansar a las mulas y se torna a emprender la marcha. No se tarda mucho en divisar, recortándose en el fondo nebuloso de las montañas por un vivo rayo de sol, El Escorial, ese Leviatán de la arquitectura. El efecto, de lejos, es muy bello: parece un inmenso palacio oriental; la cúpula de piedra y las bolas que rematan todas las agujas contribuyen mucho a esta ilusión. Antes de llegar se atraviesa un gran bosque de olivos, adornados de cruces extrañamente colgadas sobre trozos de grandes rocas, del efecto más pintoresco; atravesado el bosque se desemboca en el pueblo, y se encuentra uno frente al coloso, que pierde mucho visto de cerca, como todos los colosos de este mundo. La primera cosa que me chocó fué la enorme cantidad de golondrinas y vencejos que revoloteaban en el aire en bandadas innumerables, lanzando gritos agudos y estridentes. Los pobres pajarillos parecían asustados del silencio de muerte que reinaba en aquella Tebaida, y se esforzaban en llevar a ella un poco de ruido y animación.

Todo el mundo sabe que El Escorial fué edificado como consecuencia de un voto hecho por Felipe II en el sitio de San Quintín, donde se vió obligado a bombardear una iglesia de San Lorenzo; ofreció al santo indemnizarle de la iglesia que le quitaba con otra mayor y más bella, y cumplió su palabra mejor que la suelen

(1) *Viaje por España*, tomo I, Colección Universal, números 333 a 335. Madrid, 1920.

cumplir los Reyes de la tierra. El Escorial, comenzado por Juan Bautista de Toledo, y terminado por Herrera, es seguramente, después de las Pirámides de Egipto, la más inmensa mole de granito que existe en la Tierra; en España la llaman la octava maravilla — cada país tiene su octava maravilla, lo cual suma, por lo menos, treinta octavas maravillas en el mundo...

Me encuentro muy apurado para dar mi opinión sobre El Escorial. Tantas personas serias y bien conceptuadas — que yo quiero creer que no le habían visto — han hablado de él como de una obra maestra y de un supremo esfuerzo del genio humano, que yo, un pobre diablo de folletonista errante, resultaría con pretensiones de originalidad y de llevar la contraria a la opinión general; pero, con todo, en mi alma y en mi conciencia no puedo menos de juzgar al Escorial como el monumento más abrumador y más triste que puedan soñar, para mortificación de sus semejantes, un fraile lúgubre y un tirano suspicaz. Ya sé que El Escorial tiene una misión austera y religiosa; pero la gravedad no es la sequedad, la melancolía no es el marasmo, el recogimiento no es el aburrimiento, y la belleza de la forma puede siempre hermanarse con la elevación de la idea.

El Escorial está dispuesto en forma de parrilla, en honor de San Lorenzo. Cuatro torres o pabellones cuadrados representan los pies del instrumento de suplicio; cuerpos de edificio unen entre sí estos pabellones y forman el marco; otras edificaciones transversales simulan las barras de la parrilla; el palacio y la iglesia están edificadas en el mango. Esta invención extraña, que ha debido de molestar mucho al arquitecto, no se aprecia a simple vista, aunque en el plano sea muy visible, y si no estuviera uno advertido, ni se percataría de ello. No censuro esta puerilidad simbólica, muy dentro del gusto de la época, pues tengo el conocimiento de que, determinada una medida, lejos de perjudicar al artista de genio, le ayuda, le sostiene y le hace encontrar recursos en los que no había pensado; pero me parece que se hubiera podido sacar más partido de ella. Las personas amantes del *buen gusto* y de la *sobriedad* en arquitectura encontrarán en El Escorial algo perfecto, pues la única línea empleada es la recta; el único estilo, el orden dórico, el más triste, el más pobre de todos.

Una cosa que, desde luego, os sorprende desagradablemente, es el color amarillo tierra de las paredes, que parecen hechas de argamasa, si las junturas de las piedras, marcadas por un blanco chillón, no demostraran lo contrario. Nada más monótono a la vista que esta masa de seis o siete pisos, sin molduras, sin pilastras, sin columnas, con sus ventanitas achatadas que parecen agujeros de colmena. Es el ideal del cuartel y del hospital; su único mérito consiste en ser de granito. Mérito perdido, puesto que, a cien pasos, puede confundirse con tierra tostada. Como remate se ajusta pesadamente una cúpula jibosa, que no se me ocurre compararla más que con la de la catedral de Val-de-Grace, y que no tiene más adorno que una porción de bolas de granito. Alrededor, para que nada falte a la simetría, se han construido monumentos del mismo estilo; es decir: con muchas ventanitas y sin adorno alguno. Estos cuerpos de edificio se comunican entre sí por galerías en forma de puentes, colocados sobre las calles que conducen al pueblo, hoy sólo un montón de ruinas. Todos los alrededores del monumento están enlosados de gra-

nito, y los límites hállanse marcados por pequeños muretes de tres pies de alto, adornados con las inevitables bolas en los ángulos y en las entradas. La fachada no forma saliente alguno con el cuerpo del edificio, no rompe la aridez de la línea y apenas se advierte, aunque es gigantesca.

Se entra primero en un gran patio, en cuyo fondo se eleva el pórtico de una iglesia, que sólo tiene de notable unas colosales estatuas de profetas con adornos dorados y rostros teñidos de rosa. Este patio está enlosado y es húmedo y frío; la hierba verdea en los rincones. Basta poner el pie en él para sentir el aburrimiento, que pesa sobre los hombros como una capa de plomo; se le encoge a uno el corazón y os parece que todo se ha acabado y que toda alegría ha muerto para vosotros. A veinte pasos de la puerta se percibe un olor frío e insípido de agua bendita y de cueva sepulcral, que trae una corriente de aire cargado de pleuresías y de catarros. Aunque fuera haya treinta grados de temperatura, sentís que la medula se os pega a los huesos; os parece como si el calor de la vida no fuera a volver a calentaros en las venas la sangre, que se ha tornado más fría que sangre de víbora. Aquellos muros, impenetrables como la tumba, no pueden dejar filtrar el aire de los vivos a través de sus espesas paredes. Pues bien: a pesar de este frío claustral y moscovita, lo primero que vi al entrar en la iglesia fué una española arrodillada en el suelo, que con una mano se golpeaba el pecho y con la otra se abanicaba con un fervor por lo menos igual; recuerdo que el abanico era — me acuerdo perfectamente — de un verde agua o de hoja de azucena, que me produce un escalofrío en la espalda cuando pienso en él.

El *cicerone* que nos guiaba en el interior del edificio era ciego, y resultaba verdaderamente maravilloso observar con qué precisión se detenía delante de los cuadros, cuyo asunto y autor nos indicaba sin equivocarse nunca. Nos hizo subir a la cúpula, y nos paseó por una infinidad de galerías ascendentes y descendentes que igualan en complicaciones al *Confessionnal des Pénitents noirs* o al *Château des Pyrénées*, de Ana de Radcliffe. Este buen hombre se llama Corucho, tiene el mejor humor del mundo, y parece muy alegre con su enfermedad.

El interior de la iglesia es triste y desnudo. Enormes pilastras, gris ratón, de un granito de grano grueso salpicado de mica, como sal de cocina, se elevan hasta las bóvedas pintadas al fresco, cuyos tonos azulados y vaporosos casan mal con el color frío y pobre de la arquitectura; el *retablo*, dorado y tallado a la española, con muy bellas pinturas, corrige un poco esta aridez en la decoración, donde está supeditado a yo no sé qué simetría insulsa; las estatuas de bronce dorado, arrodilladas a los dos lados del *retablo*, y que representan, según creo, a D. Carlos y a unas princesas de la familia real, son de un gran estilo y de muy buen efecto; la sala capitular, que da frente al altar mayor, es por sí sola una iglesia inmensa; los sillones que la rodean no florecen en arabescos como los de Burgos; participan de la rigidez general y sólo tienen por adorno sencillas molduras. Nos enseñaron el sitio en donde durante catorce años se sentó el sombrío Felipe II, aquel Rey nacido para gran inquisidor; es el sillón que ocupa el ángulo; una puerta practicada en el espesor de la talla lo pone en comunicación con el interior del palacio. Sin presumir de una devoción muy ferviente, no he entrado nunca en una catedral gótica

sin experimentar un sentimiento misterioso y profundo, una emoción extraordinaria, y sin el vago temor de encontrar detrás de un haz de pilares al mismo Padre Eterno, con su larga barba plateada, su manto de púrpura y su vestidura de azul, recogiendo en su túnica las oraciones de los fieles. En la iglesia del Escorial se siente uno tan abrumado, tan aplastado, tan bajo la dominación de un poder inflexible y triste, que juzga uno inútil la oración. El Dios de un templo así no se dejará nunca ablandar.

Después de visitar la iglesia, bajamos al panteón. Se llama así a la cueva donde están depositados los cuerpos de los Reyes españoles; es un recinto octogonal de treinta y seis pies de diámetro por treinta y ocho de alto, situado precisamente debajo del altar mayor, de modo que, al decir la misa, el sacerdote tiene los pies sobre la piedra que forma la clave de la bóveda; se baja a él por una escalera de granito y de mármol de color, cerrada por una hermosa verja de bronce. El panteón está completamente revestido de jaspe, pórfito y otros mármoles no menos preciosos. En los muros hay practicados nichos con sarcófagos de forma antigua, destinados a contener los cuerpos de los Reyes y de las Reinas que hayan dejado sucesión. En esta cueva hace un frío penetrante y mortal; los mármoles pulidos reflejan la luz temblequeante de la antorcha, y se cubren de vapor; diríase que chorean agua, y podría uno creerse en una gruta submarina. El monstruoso edificio pesa sobre vosotros con todo su peso, os rodea, os embaraza y os ahoga, y os sentís como cogidos entre los tentáculos de un gigantesco pólipo de granito.

Los muertos que encierran aquellas funerarias parecen más muertos que los demás, y cuesta trabajo pensar que lleguen a resucitar un día. Allí, como en la iglesia, la impresión es siniestra, desesperante; en todas aquellas bóvedas sombrías no hay un sólo agujero por donde se pueda ver el cielo.

En la sacristía hay aún algunos cuadros buenos — los mejores han sido trasladados al Museo Real de Madrid —, entre otros, dos o tres tablas de la escuela alemana, de rara perfección; el techo de la escalera principal está pintado al fresco por Lucas Jordán, y representa de una manera alegórica el voto de Felipe II y la fundación del Monasterio. Es verdaderamente prodigiosa la cantidad de metros de muros que en España ha pintado este Lucas Jordan, y nos cuesta trabajo concebir la posibilidad de esta labor a nosotros, los modernos, que nos ahogamos con la tarea más pequeña. Pellegrini, Luca Gangiaso, Carducho, Rómulo Cincinnato y muchos otros, pintaron en El Escorial claustros, bóvedas y techos. El de la biblioteca, obra de Carducho y Pellegrini, es de un tono agradable de fresco claro y luminoso; la composición es rica, y los arabescos que en él se entrelazan del mejor gusto. La biblioteca del Escorial ofrece la particularidad de que los volúmenes están alineados con el lomo para adentro y el canto hacia fuera; ignoro la razón de esta rareza. Es muy rica, sobre todo en manuscritos árabes, y debe de encerrar tesoros inestimables y completamente desconocidos.

Hoy día, que la conquista del Africa ha hecho del árabe un idioma a la moda y corriente, es de esperar que esta mina sea explotada por nuestros jóvenes orientalistas. Los demás libros me han parecido, en su mayor parte, de Teología y Filosofía escolástica. Nos enseñaron algunos manuscritos en pergamino con márgenes

historiadas y miniadas; pero como era domingo y no estaba el bibliotecario, no pudimos conseguir más, y tuvimos que marcharnos sin ver una sola edición *incunable*, molestia mucho mayor para mi compañero que para mí, que, desgraciadamente, no tengo la pasión de la bibliografía ni otra alguna.

En una de las galerías hay un Cristo de mármol blanco, de tamaño natural, atribuido a Benvenuto Cellini, y algunas pinturas fantásticas, muy originales, en el estilo de las tentaciones de Callot y de Teniers, pero mucho más antiguas. Por lo demás, no puede imaginarse nada tan monótono como aquellas interminables galerías de granito gris, estrechas y bajas, que cruzan por el edificio como las venas en el cuerpo humano; hay que ser ciego verdaderamente para no perderse en ellas; se sube, se baja, se dan mil vueltas, y bastarían tres o cuatro horas de pasearse por ellas para gastar la suela de los zapatos, pues el granito es áspero como una lima y raya como papel de lija. Cuando se está en la cúpula adviértese que las bolas, que desde abajo parecen del tamaño de cascabeles, son de una dimensión enorme y podrían servir para monstruosos mapamundis. Un inmenso horizonte se extiende a vuestros pies, y abarcáis de una ojeada la campiña montañosa que os separa de Madrid; al otro lado se yerguen las cumbres del Guadarrama; veréis asimismo toda la disposición del edificio; hundiréis vuestras miradas en los patios y los claustros, con sus hileras de arcos superpuestos, su fuente o su pabellón central; los tejados se presentan en forma de lomo de asno, como en un plano a vista de pájaro.

En la época de nuestra ascensión a la cúpula había en lo alto de una chimenea, en un gran nido de paja semejante a un turbante del revés, una cigüeña con tres hijuelos. Aquella interesante familia ofrecía el perfil más raro del mundo; la madre estaba de pie sobre una pata en medio del nido, con el cuello metido entre las alas, el pico majestuosamente colocado sobre el pecho, como un filósofo meditando; los hijos alargaban su largo pico y su largo cuello en demanda de alimento. Yo esperaba ser testigo de una de esas escenas sentimentales de la Historia Natural, en las que se ve al pelícano blanco hacer brotar su propia sangre para alimentar a sus hijuelos; pero la cigüeña no se conmovía gran cosa ante aquellas demostraciones famélicas, y no se movía más que la cigüeña grabada en madera que adorna la portada de los libros publicados por Cramoisy. Aquel grupo melancólico contribuía a la soledad profunda del lugar y daba cierto tinte egipcio a aquel amontonamiento faraónico. Al bajar de nuevo vimos el jardín, donde hay más arquitectura que vegetación; es una serie de terraplenes y terrazas de boj recortado, que forma dibujos semejantes a los ramajes del damasco antiguo, con algunas fuentes y estanques de agua verdosa; un jardín aburrido y solemne, engomado como un golilla y digno en un todo del edificio lúgubre a que acompaña.

Dicen que éste tiene mil ciento diez ventanas, solamente al exterior, lo cual causa un gran asombro a los burgueses. No las he contado, prefiriendo creerlo a tomarme semejante trabajo; pero no tiene nada de improbable, pues yo no he visto nunca tantas ventanas juntas; el número de puertas también es fabuloso.

Salí de aquel desierto de granito, de aquella necrópolis monacal, con un sentimiento extraordinario de satisfacción y de alivio; parecíame que renacía a la vida, y que aun podría ser joven y alegrarme con la creación del Dios bueno, esperanza

que había perdido bajo aquellas bóvedas fúnebres. El aire, tibio y luminoso, me envolvía como una suave tela de lana fina y calentaba mi cuerpo, helado por aquella atmósfera cadavérica; me veía libre de aquella pesadilla arquitectónica, que ya creía eterna.

Aconsejo a las personas que tienen la fatuidad de pretender que se aburren, que vayan a pasar tres o cuatro días en El Escorial; así sabrán lo que es el verdadero aburrimiento y se divertirán el resto de su vida pensando que podrían estar en El Escorial y que no están allí.

TEÓFILO GAUTIER.

